El famoso cohete

Comentario [LT1]:

Oscar Wilde

El hijo del rey estaba en vísperas de casarse. Con este motivo el regocijo era general.
Estuvo esperando un año entero a su prometida, y al fin llegó ésta.
Era una princesa rusa que había hecho el viaje desde Finlandia en un trineo tirado por seis renos, que tenía la forma de un gran cisne de oro; la princesita iba acostada entre las alas del cisne.
Su largo manto de armiño caía recto sobre sus pies. Llevaba en la cabeza un gorrito de tisú de plata y era pálida como el palacio de nieve en que había vivido siempre.
Era tan pálida que al pasar por las calles quedábanse admiradas las gentes.
-Parece una rosa blanca -decían.
Y le echaban flores desde los balcones.
A la puerta del castillo estaba el príncipe para recibirla. Tenía unos ojos violeta y soñadores y sus cabellos eran como oro fino.
Al verla hincó una rodilla en tierra y besó su mano.
-Vuestro retrato era bello -murmuró-, pero vos sois más bella que vuestro retrato.
Y la princesita se ruborizó.
-Hace un momento Parecía una rosa blanca -dijo un pajecillo a su vecino-, pero ahora parece una rosa roja.
Y toda la Corte se quedó extasiada.
Durante los tres días siguientes todo el mundo no cesó de repetir:

-¡Rosa blanca, rosa roja! ¡Rosa roja, rosa blanca!
Y el rey ordenó que diesen doble paga al paje.
Como él no percibía paga alguna, su posición no mejoró mucho por eso; pero todos lo consideraron como un gran honor y el real decreto fue publicado con todo requisito en la Gaceta de la Corte.
Transcurridos aquellos tres días, celebráronse las bodas Fue una ceremonia magnífica.
Los recién casados pasaron, cogidos de la mano, bajo un dosel de terciopelo granate, bordado de perlitas.
Luego se celebró un banquete oficial que duró cinco horas.
El príncipe y la princesa, sentados al extremo del gran salón, bebieron en una copa de cristal purísimo. Únicamente los verdaderos enamorados podían beber de esa copa, porque si la tocaban unos labios falsos, el cristal se empañaba, quedándose gris y manchoso.
-Es evidente que se aman -dijo el pajecillo- Resultan tan claros como el cristal.

Y el rey volvió a doblarle la paga.
-¡Qué honor! -exclamaron todos los cortesanos.
Después del banquete hubo baile.
Los recién casados debían bailar juntos la danza de las rosas, y el rey tenía que tocar la flauta.
La tocaba muy mal, pero nadie se había atrevido a decírselo nunca, porque era el rey. La verdad es que no sabía más que dos piezas y no estaba seguro nunca de la que interpretaba, aunque esto no le preocupase, pues hiciera lo que hiciera todo el mundo gritaba:
-¡Delicioso! ¡Encantador!
El último número del programa consistía en unos fuegos artificiales que debían empezar exactamente a medianoche.
La princesita no había visto fuegos artificiales en su vida. Por eso el rey encargó al pirotécnico real que pusiera en juego todos los recursos de su arte el día del casamiento de la princesa.
-¿A qué se parecen los fuegos artificiales? -preguntó ella al príncipe, mientras se paseaban por la terraza.
-Se parecen a la aurora boreal -dijo el rey, que respondía siempre a las preguntas dirigidas a los demás-. Sólo que son más naturales. Yo los prefiero a las estrellas, porque sabe uno siempre cuándo van a empezar a brillar y son, además, tan agradables como la música de mi flauta. Ya veréis... Ya veréis...
Así, pues, levantaron un tablado en el fondo del jardín real; y no bien acabó de prepararlo todo el pirotécnico real, cuando los fuegos artificiales se pusieron a charlar entre sí.
-El mundo es seguramente muy hermoso -dijo un pequeño buscapiés- Mirad esos tulipanes amarillos. ¡A fe mía, ni aun siendo petardos de verdad podrían resultar más bonitos! Me alegro mucho de haber viajado. Los viajes desarrollan el espíritu de una manera asombrosa y acaban con todos los prejuicios que haya uno podido conservar.
-El jardín del rey no es el mundo, joven alocado -dijo una gruesa candela romana-. El mundo es una extensión enorme y necesitarías tres días para recorrerlo por entero.
-Todo el lugar que amamos es para nosotros el mundo -dijo una rueda unida en otro tiempo a una vieja caja de pino y muy orgullosa de su corazón destrozado-; pero el amor no está de moda; los poetas lo han matado. Han escrito tanto sobre él, que nadie los cree ya, cosa que no me extraña. El verdadero amor sufre y calla... Recuerdo que yo misma, una vez.... pero no se trata de eso aquí. El romanticismo es algo del pasado.
-¡Qué estupidez! -exclamó la candela romana-. La novela no muere nunca. ¡Se parece a la luna: vive siempre! Realmente, los recién casados se aman tiernamente. He sabido todo lo concerniente a ellos esta mañana por un cartucho de papel oscuro que estaba en el mismo cajón que yo y que sabe las últimas noticias de la Corte.
Pero la rueda meneó la cabeza.
-¡El romanticismo ha muerto! ¡El romanticismo ha muerto! El romanticismo ha muerto! -murmuró.
Era una de esas personas que creen que repitiendo una cosa cierto número de veces acaba por ser verdad.
De pronto oyóse una voz fuerte y seca y todos miraron a su alrededor.
Era un pequeño cohete de altivo continente atado a la punta de un palo.
Tosía siempre antes de hacer una advertencia, como para llamar la atención.
-¡Ejem! ¡Ejem! -exclamó.
Y todo el mundo se dispuso a escucharle, menos la pobre rueda, que seguía moviendo la cabeza y murmurando:
-¡El romanticismo ha muerto!

-¡Orden! ¡Orden! -gritó un petardo.
Tenía algo de político y había tomado siempre parte importante en las elecciones locales. Por eso conocía las frases empleadas en el Parlamento.
-¡Ha muerto del todo! -suspiró la rueda. Y se volvió a dormir.
No bien se restableció por completo el silencio, el cohete tosió por tercera vez y comenzó. Hablaba con una voz clara y lenta, como si dictase sus memorias, y miraba siempre por encima del hombro a la persona a quien se dirigía. Realmente, tenía unos modales distinguidísimos.
-¡Qué feliz es el hijo del rey -observó-, por casarse el mismo día en que me van a disparar! Ni preparándolo de antemano podría resultar mejor para él; aunque los príncipes siempre tienen suerte.
-¿Ah, sí? -dijo el pequeño buscapiés-. Yo creí que era precisamente lo contrario y que era a vos a quien se disparaba en honor del príncipe.
-Ese quizá sea vuestro caso -replicó el cohete-. Casi diríase que estoy seguro de ello; pero en cuanto a mí, ya es diferente. Soy un cohete distinguido y desciendo de padres igualmente distinguidos. Mi madre era la girándula más célebre de su época. Tenía fama por la gracia de su danza.
Cuando hizo su gran aparición en público, dio diecinueve vueltas antes de apagarse, lanzando por el aire siete estrellas rojas a cada vuelta. Tenía tres pies y medio de diámetro y estaba fabricada con pólvora de la mejor.
Mi padre era cohete como yo y de origen francés. Volaba tan alto, que la gente temía que no volviese a descender. Descendía, sin embargo, porque era de excelente constitución e hizo una caída brillantísima, en forma de lluvia, de chispas de oro. Los periódicos se ocuparon de él en términos muy halagüeños, y hasta la Gaceta de la Corte dijo «que señalaba el triunfo del arte pilotécnico».
-Pirotécnico, pirotécnico, querréis decir -interrumpió una bengala-.
Sé que es pirotécnico porque he visto la palabra escrita sobre mi caja de hojalata.
-Pues yo digo pilotécnico -replicó el cohete en tono severo.
Han escrito tanto sobre él, que nadie los cree ya, cosa que no me extraña.
Y la bengala se quedó tan apabullada, que empezó inmediatamente a mortificar a los buscapiés pequeños para demostrar que ella también era persona de bastante importancia.
-Decía yo... -prosiguió el cohete-, decía yo.... ¿qué es lo que yo decía?
-Hablabais de vos mismo -repuso la candela romana.
-Naturalmente. Sé que hablaba de alguna cosa interesante cuando he sido groseramente interrumpido. Odio la grosería y las malas maneras, porque soy extremadamente sensible. No hay nadie en el mundo tan sensible como yo, estoy seguro de ello.
-¿Qué es una persona sensible? -preguntó el petardo a la candela romana.
-Una persona que porque tiene callos pisa siempre los pies a los demás -respondió la candela en un débil murmullo.
Y el petardo casi estalló de risa.
-¡Perdón! ¿De qué os reís? -preguntó el cohete-. Yo no me río.
-Me río porque soy feliz -replicó el petardo.
-Es un motivo bien egoísta -dijo el cohete con ira-. ¿Qué derecho tenéis para ser feliz? Debierais pensar en los demás, debierais pensar en mí. Yo pienso siempre en mí y creo que todo el mundo debería hacer lo mismo. Eso es lo que se llama simpatía. Es una hermosa virtud y yo la poseo en alto grado. Suponed, por ejemplo, que me sucediese algún percance esta noche. ¡Qué desgracia para todo el mundo! El príncipe y la princesa no podrían ya ser felices: se habría acabado su vida

de matrimonio. En cuanto al rey, creo que no podría soportarlo. Realmente, cuando empiezo a pensar en la importancia de mi papel, me emociono hasta casi llorar.

-Si queréis agradar a los demás -exclamó la candela romana-, haríais mejor en manteneros en seco.

-¡Ciertamente! -exclamó la bengala, que no estaba de muy buen humor-, eso es sencillamente de sentido común.

-¿Creéis que es de sentido común? -replicó el cohete indignado-.

Olvidáis que yo no tengo nada de común y que soy muy distinguido. ¡A fe mía todo el mundo puede tener sentido común con tal de carecer de imaginación! Pero yo tengo imaginación, porque nunca veo las cosas como son. Las veo siempre muy diferentes de lo que son. En cuanto a eso de mantenerme en seco, es que no hay aquí, con toda seguridad, nadie que sepa apreciar a fondo un temperamento delicado. Afortunadamente para mí, no me importa nada. La única cosa que le sostiene a uno en la vida es el convencimiento de la enorme inferioridad de sus semejantes, y éste es un sentimiento que he mantenido siempre en mí. Pero ninguno de vosotros tiene corazón. Gritáis y os regocijáis como si el príncipe y la princesa no estuviesen celebrando sus bodas.

-¡Eh! -exclamó un pequeño globo de fuego-. ¿Y por qué no? Es una alegre ocasión, y cuando estalle yo en el aire pienso comunicárselo a todas las estrellas. Ya veréis cómo brillarán cuando les hable de la bella recién casada.

-¡Oh, qué concepto más banal de la vida! -dijo el cohete-. Pero no me esperaba yo menos. No hay nada en vos. Sois hueco y vacío. ¡Bah!

Quizá el príncipe y la princesa se vayan a vivir en un país en que haya un río profundo, quizá tengan un solo hijo, un pequeñuelo de pelo rizado y de ojos violeta como los del príncipe. Quizá vaya algún día a pasearse con su nodriza. Quizá la nodriza se duerma debajo de un gran sauce. Quizá el niño se caiga al río y se ahogue. ¡Qué terrible desgracia! ¡Los pobres, perder su único hijo! Es terrible, realmente. No podré soportarlo nunca.

-Pero no han perdido su único hijo -dijo la candela romana- No les ha sucedido ninguna desgracia.

-No he dicho que les haya sucedido -replicó el cohete-. He dicho que podía sucederles. Si hubiesen perdido a su hijo único, sería inútil decir nada sobre el suceso. Detesto a las personas que lloran por su cántaro de leche roto. Pero cuando pienso que han perdido a su hijo único, me siento verdaderamente tristísimo.

-Ya lo veo -exclamó la bengala- Realmente sois la persona más afectada que he visto en mi vida.

-Y vos la persona más grosera que he conocido -dijo el cohete-. No podéis comprender mi afecto por el príncipe.

-¡Bah! Ni siquiera le conocéis... -chisporroteó la candela romana.

-No, nunca dije que le conociera -respondió el cohete- Me atrevo a decir que si le conociese no sería de ningún modo amigo suyo. Es cosa peligrosa conocer uno a sus amigos.

-Mejor haríais en manteneros seco -dijo el globo de fuego-. Eso es lo más importante.

-Para vos no dudo que será importantísimo -respondió el cohete-. Pero yo lloraré si me viene en gana.

Y el cohete estalló en lágrimas que corrieron sobre su vara en gotas de lluvia, ahogando casi a dos pequeños escarabajos que pensaban precisamente en fundar una familia y buscaban un bonito sitio seco para instalarse.

-Debe tener un temperamento verdaderamente romántico, pues llora cuando no hay por qué llorar -dijo la rueda.

Y lanzando un profundo suspiro, se puso a pensar en la caja de madera.

Pero la candela romana y la bengala estaban indignadas. Gritaban con toda su fuerza:

-¡Pamplinas! ¡Pamplinas!

Eran muy prácticas y cuando se oponían a algo lo denominaban pamplinas.
Entonces apareció la luna como un soberbio escudo de plata y las estrellas comenzaron a brillar y llegaron al palacio los sones de una música.
El príncipe y la princesa dirigían el baile. Bailaban tan bien que los pequeños lirios blancos echaban un vistazo por la ventana contemplándolos, y las grandes amapolas rojas movían la cabeza, llevando el compás.
En aquel momento sonaron las diez, luego las once y luego las doce, y a la última campanada de medianoche todo el mundo fue a la terraza y el rey hizo llamar al pirotécnico real.
-Empezad los fuegos artificiales -dijo el rey.
Y el pirotécnico real hizo un profundo saludo y se dirigió al fondo del jardín. Tenía seis ayudantes. Cada uno llevaba una antorcha encendida sujeta a la punta de una larga pértiga.
Fue realmente una soberbia irradiación de luz.
-¡Ssss! ¡Ssss! -hizo la rueda, que empezó a girar.
-¡Bum! ¡Bum! -replicó la candela romana.
Entonces los buscapiés entraron en danza y las bengalas colorearon todo de rojo.
-¡Adiós! -gritó el globo de fuego mientras se elevaba haciendo llover chispitas azules.
-¡Bang! ¡Bang! -respondieron los petardos, que se divertían muchísimo.
Todos tuvieron un gran éxito, menos el cohete. Estaba tan húmedo por haber llorado que no pudo arder.
Lo mejor que había en él era la pólvora, y ésta se hallaba tan mojada por las lágrimas que estaba inservible. Toda su pobre parentela, a la que no se dignaba hablar sin una sonrisa despectiva, produjo un gran alboroto por el cielo, como si fuesen magníficos ramilletes de oro floreciendo en fuego.
-¡Bravo! ¡Bravo! -gritaba la Corte.
Y la princesita reía de placer.
-Creo que me reservan para alguna gran ocasión -dijo el cohete-.
Indudablemente es eso.
Y miraba a su alrededor con aire más orgulloso que nunca.
Al día siguiente vinieron los obreros a colocarlo todo de nuevo en su sitio.
«Evidentemente es una comisión -se dijo el cohete-. Los recibiré con una tranquila dignidad.» Y engallándose empezó a fruncir las cejas como si pensase en algo muy importante. Pero los obreros no se dieron cuenta de su presencia hasta dejarlo atrás.
Entonces uno de ellos le vio.
-¡Ah! -gritó-. ¡Qué mal cohete!
Y le tiró por encima del muro.
-¡Mal cohete! ¡Mal cohete! -dijo éste girando por el aire- ¡Imposible! Famoso cohete, eso es lo que han querido decir. Mal y famoso suenan para mí casi lo mismo, y a veces ambas cosas son idénticas.
Y cayó en el lodo.
-No es esto muy cómodo -observó-, pero sin duda es algún balneario de moda a donde me han enviado para que reponga mi salud. Mis nervios están muy desgastados y necesito descanso.
Entonces una ranita de ojillos brillantes, de traje verde moteado, nadó hacia él.
-Ya veo que es un recién llegado -dijo la rana-, ¡Bueno! Después de todo no hay nada como el fango. Dadme un tiempo lluvioso y un hoyo y soy completamente feliz... ¿Creéis que la tarde será calurosa? Así lo espero, porque el cielo está todo azul y despejado. ¡Qué lástima!
-¡Ejem! ¡Ejem! -dijo el cohete.

-¡Qué voz más deliciosa tenéis -gritó la rana-. Parece el croar de una rana y croar es la cosa más musical del mundo. Ya oiréis nuestros coros esta noche. Nos colocamos en el antiguo estanque de los patos junto a la alquería y en cuanto aparece la luna empezamos. El concierto es tan sublime que todo el mundo viene a oírnos. Ayer, sin ir más lejos, oí a la mujer del colono decir a la madre que no pudo dormir ni un segundo durante la noche por nuestra causa. Es muy agradable ver lo popular que es una.

-¡Ejem! ¡Ejem! -dijo el cohete.

Estaba muy molesto de no poder salir de su mutismo.

-Sí, ¡una voz deliciosa! -prosiguió la rana-. Espero que vendréis al estanque de los patos. Voy a echar un vistazo a mis hijas. Tengo seis hijas soberbias y me inquieta mucho que el sollo tope con ellas... Es un verdadero monstruo y no sentiría el menor escrúpulo en jamárselas. Así es que ¡adiós! Me agrada mucho vuestra conversación, os lo aseguro.

-¿Y llamáis conversación a esto? -dijo el cohete-. Habéis charlado vos sola todo el rato. Eso no es conversación.

-Alguien tiene que escuchar siempre -replicó la rana-, y a mí me gusta llevar la voz cantante en la conversación. Así se ahorra tiempo y se evitan disputas.

-Pues a mí me gusta la discusión -dijo el cohete.

-No lo creo -replicó la rana con aire compasivo-. Las discusiones son completamente vulgares, porque en la buena sociedad todo el mundo tiene exactamente las mismas opiniones. Adiós otra vez. Veo a mis hijas allá abajo.

Y la ranita se puso a nadar nuevamente.

-Sois una persona antipática -dijo el cohete- y mal educada. Detesto a las gentes que hablan de sí mismas como vos, cuando necesita uno hablar de uno mismo, como en mi caso. Eso es lo que se llama egoísmo, y el egoísmo es una cosa aborrecible, sobre todo para los que son como yo, pues bien conocen todos mi carácter simpático. Debierais tomar ejemplo de mí.

No podríais encontrar un modelo mejor. Ahora que tenéis esa oportunidad, aprovechadla sin tardanza, porque voy a la Corte en seguida. Soy muy estimado en la Corte. Ayer, el príncipe y la princesa se casaron en mi honor. Seguramente no estaréis enterada de nada de esto, ¡como sois provinciana!

-No os molestéis en hablarla -dijo la libélula posada en la punta de una espadaña- Se ha ido.

-Bueno, ¡ella se lo pierde y yo no! No voy a dejar de hablar sólo porque no me escuche. Me gusta oírme hablar. Es uno de mis mayores placeres. Sostengo a menudo largas conversaciones conmigo mismo, y soy tan profundo, que a veces no comprendo ni una palabra de lo que digo.

-Entonces debéis ser licenciado en Filosofía -dijo la libélula.

Y desplegando sus lindas alas de gasa, se elevó hacia el cielo.

-¡Qué necedad demuestra al no quedarse aquí! -dijo el cohete-. Estoy seguro de que no habrá tenido muy a menudo la oportunidad de educar su espíritu; aunque después de todo me es igual. Un genio como el mío será apreciado con toda seguridad algún día.

Y se hundió un poco más en el fango.

Pasado un rato, una gran pata blanca nadó hacia él. Tenía las patas amarillas, los pies palmeados y la consideraban como una gran belleza por su contoneo.

-¡Cuac!, ¡cuac!, ¡cuac! -dijo-. ¡Qué tipo más raro tenéis! ¿Puedo preguntaros si habéis nacido así o si es de resultas de algún accidente?

-¡Cómo se ve que habéis vivido siempre en el campo! De otro modo sabríais quién soy. Sin embargo, disculpo vuestra ignorancia. Sería descabellado querer que los demás fueran tan extraordinarios como uno mismo. Sin duda os sorprenderá saber que vuelo por el cielo y que caigo en una lluvia de chispas de oro.

-No lo considero muy estimable -dijo la pata-, pues no veo en qué puede ser eso útil a nadie. ¡Ah! Si araseis los campos como un buey; si arrastraseis un carro como el caballo; si guardaseis un rebaño como el perro del ganado, entonces ya sería otra cosa.

-Buena mujer -dijo el cohete con tono muy altivo-, veo que pertenecéis a la clase baja. Las personas de mi rango no sirven nunca para nada. Tenemos un encanto especial y con eso basta. Yo mismo no siento la menor inclinación por ningún trabajo y menos aún por esa clase de trabajos que enumeráis. Además, siempre he sido de opinión que el trabajo rudo es simplemente el refugio de la gente que no tiene otra cosa que hacer en la vida.

-¡Bien, bien! -dijo la pata, que era de temperamento pacífico y no reñía nunca con nadie-. Cada cual tiene gustos diferentes. De todas maneras, deseo que vengáis a establecer aquí vuestra residencia.

-¡Nada de eso! -exclamó el cohete. Soy un visitante, un visitante distinguido y nada más. El hecho es que encuentro este sitio muy aburrido.

No hay aquí ni sociedad ni soledad. Resulta completamente de barrio bajo... Volveré seguramente a la Corte, pues estoy destinado a causar sensación en el mundo.

-Yo también pensé en entrar en la vida pública -observó la pata-.

¡Hay tantas cosas que piden reforma! Así, pues, presidí, no hace mucho, un mitin en el que votamos unas proposiciones condenando todo lo que nos desagradaba. Sin embargo, no parecen haber surtido gran efecto. Ahora me ocupo de cosas domésticas y velo por mi familia.

-Yo he nacido para la vida pública y en ella figuran todos mis parientes, hasta los más humildes, Allí donde aparecemos, llamamos extraordinariamente la atención. Esta vez no he figurado personalmente, pero cuando lo hago, resulta un espectáculo magnífico. En cuanto a las cosas domésticas, hacen envejecer y apartan el espíritu de otras cosas más altas.

-¡Oh qué bellas son las cosas altas de la vida! -dijo la pata- ¡Esto me recuerda el hambre que tengo!

Y la pata volvió a nadar por el río, continuando sus ¡cuac..., cuac..., cuac!

-¡Volved, volved! -gritó el cohete-. Tengo muchas cosas que deciros.

Pero la pata no le hacía caso alguno.

-Me alegro de que se haya ido. Tiene realmente un espíritu mediocre.

Y hundiéndose un poco más en el fango, empezaba a reflexionar en la belleza del genio, cuando de repente dos chiquillos con blusas llegaron al borde de la cuneta con un caldero y unos leños.

-Ésta debe ser la comisión -dijo el cohete. Y adoptó una digna compostura.

-¡Oh! -gritó uno de ellos- Mira este palo viejo. ¡Qué raro es que haya venido a parar aquí!

Y sacó el cohete de la cuneta.

-¡Palo viejo! -refunfuñó el cohete-. ¡Imposible! Habrá querido decir palo precioso. Palo precioso es un cumplido. Me toma por un personaje de la Corte.

-¡Echémosle al fuego! -dijo el otro muchacho-. Así ayudará a que hierva la caldera.

Amontonaron los leños, colocaron el cohete sobre ellos y prendieron fuego.

-¡Magnífico! -gritó el cohete- Me colocan a plena luz. Así todos me verán.

-Ahora vamos a dormir -dijeron los niños- y cuando nos despertemos estará ya hirviendo la caldera.

Y acostándose sobre la hierba cerraron los ojos.

El cohete estaba muy húmedo. Pasó un buen rato antes de que ardiese.

Sin embargo, al fin, prendió el fuego en él.

-¡Ahora voy a partir! -gritaba.

Y se erguía y se estiraba.

-Sé que voy a subir más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Subiré tan arriba que...

-¡Fisss! ¡Fisss! ¡Fisss!

Y se elevó en el aire.

-¡Delicioso! -gritaba-. Seguiré subiendo así siempre. ¡Qué éxito tengo!

Pero nadie le veía.

Entonces comenzó a sentir una extraña impresión de hormigueo.

-¡Voy a estallar! -gritaba-. Incendiaré el mundo entero y haré tanto ruido, que no se hablará de otra cosa en un año.

Y, en efecto, estalló.

-¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!- hizo la pólvora. La pólvora no podía hacer otra cosa.

Pero nadie la oyó, ni siquiera los dos muchachos que dormían profundamente.

No quedó del cohete más que el palo, que cayó sobre la espalda de una oca que daba su paseo alrededor de la zanja.

-¡Cielos! -exclamó-. ¡Ahora llueven palos!

Y se tiró al agua.

-¡Me parece que he causado una gran sensación! -musitó el cohete.

Y expiró.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar